

## GUY DE MAUPASSANT

(Alocución pronunciada en el Teatro des Arts de Ruán, el 12 de marzo de 1899)

por Albert Sorel

Tomando la palabra ante este auditorio, no tengo más que un título que atribuirme: soy uno de vosotros. Si el monumento que nos proponemos erigir a Maupassant tiene un lugar determinado en vuestra gloriosa ciudad de Ruán, toda Normandía tiene derecho a sentirse honrada.

Al igual que Flaubert, su maestro, del que siempre ha sido inseparable, este gran escritor francés nos pertenece.

Por origen, por temperamento, por la impronta que ha recibido de la naturaleza, por su primera impresión de la vida, por ese talento singular que hace de él a la vez un clásico en su concepción del arte y en sus procedimientos, un naturalista en su visión y en su expresión de las cosas, un poeta en sus lamentaciones sobre la miseria de la vida y la inanidad de la felicidad humana, por todos los contrastes, en fin, que constituyen el secreto de su alma.

Su secreto es el de una raza que en absoluto cuenta sus secretos; los contrastes de su genio, son la esencia misma y el carácter de nuestro país.

Nuestra tierra, grande y fecunda, que parece, como él decía, « sudor de sidra y carne, » es, al mismo tiempo, una tierra atormentada. Está minada por las aguas cuyas fuentes hinchan sus colinas; está recortada en sus costas por acantilados que se desmoronan; el mar que los bate los erosiona incesantemente, mar pesado, agitado por corrientes opuestas; nuestros valles, de pendientes verdes y frescas, se abren a las ráfagas de los vientos que vienen del Océano; allí penetran, se desbordan, retroceden sobre las llanuras y se desencadenan, sacudiendo los árboles, rompiendo las ramas, abatiendo los frutos y asolando los trigales. ¡Qué huracanes sobre nuestras rutas, qué estrépito de guijarros sobre nuestros arenales! Encima de nuestros campos labrados y de nuestros fecundos prados, ¡ese cielo atravesado de nubes, empañado de brumas, de un azul tan húmedo y tan tierno cuando se descubre, pero tan raramente radiante y cubierto tan a menudo!

Y, en las almas, emprendedoras y prácticas, almas de sapiencia y consecuencia, atrevidas y avispadas, tenaces, interesadas, ¡qué nidada sorda de sueños lejanos, qué extraño eco del pasado, de nuestra infancia nortea; qué apetito de aventuras heredada de nuestros antepasados, qué gusto por los dramas épicos de elocuencia suntuosa y sutil; ¡qué poesía innata que se despierta repentinamente al choque de las pasiones, al soplo de la tormenta que pasa!

Es en esta tierra opulenta, bajo este inquieto cielo, donde ha germinado esa planta dolorosa y magnífica que ha sido Maupassant.

En este siglo de lucha por la existencia, el talento conquistador de nuestros antepasados se ha tornado en labor lucrativa, en inventos para la industria, en audacias comerciales, en aprovechables aventuras. La inmensa mayoría de nosotros se ha afanado y ha hecho un país normando próspero y poderoso. Pero algunos no han podido someterse a ello y su independencia de artistas ha hecho este país glorioso. Han sentido el mismo ardor por actuar; por producir, por esclavizar sus fuerzas vitales; pero ese ardor se ha convertido en una necesidad insaciable de ver, de comprender, de

experimentar, de sentir hasta la saciedad, de analizar hasta el abismo la voluptuosidad de vivir y la vanidad de la vida. En los tiempos pasados, éstos encontraban la tierra demasiado pequeña para sus cabalgaduras, el mar demasiado estrecho para las velas de sus flotas; los de hoy encuentran la vida, incluso la más pródiga, insuficiente para colmar su sed de vivir, y todo goce vital envenenado, desde su origen, por la inexorable necesidad de la muerte, todo encanto de la naturaleza estropeado por el inevitable espanto de la noche, igualmente ávidos y desesperados por vivir.

Maupassant llevaba en él esa sed inextinguible de goces, y parecía entre todos los hombres jóvenes de su generación el mejor dotado para ser feliz. Aspiraba a una vida plena y pacífica, en un país de líneas definidas, horizontes limitados, bajo un cielo de cristal, cerrado al infinito que turba, a los propios sueños que se agitan. La ha buscado; a veces se ha detenido en ella; pero el momento era breve y el retorno decepcionante. La inquietud innata lo dominaba demasiado aprisa y lo arrastraba.

Cuando vengo aquí, dijo uno de sus protagonistas, – habla del Havre, – tengo unas ganas locas de marcharme, de irme con todos estos barcos, hacia el norte o hacia el sur. Pienso que esas pequeñas luces, allá abajo, llegan de todos los rincones del mundo, de los países de grandes flores y bellas muchachas pálidas y cobrizas, de los leones libres, de los reyes negros, de todos los reinos que figuran en nuestros cuentos de hadas, nosotros que no creemos ya en la Gata blanca ni en la Bella Durmiente.

Va allí, se olvida, y de repente – es él quién continúa hablando:

Se oyó procedente del mar abierto una queja lamentable y siniestra, semejante al mugido de un toro, pero más prolongado y poderoso. Era el grito de una sirena, el grito de los navíos perdidos en la bruma. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, crispó su corazón, tanto había sentido en su alma y en sus nervios, ese grito de miseria que él creía haber arrojado sobre sí mismo...

Luego uno de sus pensamientos involuntarios, frecuentes en él, tan bruscos, tan rápidos que no podía preverlos, ni detenerlos, ni modificarlos, que parecían llegados de una segunda alma independiente y violenta, lo atravesó...

Maupassant experimentó demasiado esos despertares sobresaltados de la otra alma que cada uno lleva consigo, testigo implacable, juez incorruptible, compañero irónico y turbador que, en la alegría, le decía al oído el terrible: ¡Recuerda que no eres más que polvo! y no le dejaba mantener ninguna ilusión, ni siquiera la del escepticismo, ni incluso la del dolor. Habría soñado con ser dueño de sí, y, por sí, de ese pequeño mundo que cada uno se crea a su imagen; le hubiese gustado disfrutar, en su inteligencia soberna, del espectáculo y comprensión de las cosas. Ese compañero funesto nunca le dio opción.

¿Incluso puede decirse que su arte nunca le satisfizo y que experimentó una íntimo aceptación de la perfección que había alcanzado? Se había roto, se había educado mediante un esfuerzo persistente, minucioso; ejerciendo, fortaleciendo, flexibilizando su estilo como el atleta ejerce y flexibiliza sus músculos. Este observador enfermizo, este realista pesimista tiene la pureza clásica de la forma, la ligereza de las líneas claras, la forma rítmica y cadenciosa de las frases.

Para expresar los conflictos sutiles y crueles de las dos almas que se disputaban su vida, supo apropiarse de una lengua, la más fuerte y la más límpida a la vez; para describir, y a menudo con delectación, los encadenamientos de los sentidos, él ha resucitado la concisión vigorosa, el color resumido que los moralistas del siglo diecisiete habían empleado para denunciar el peligro y condenar la vanidad de las pasiones. Es clásico a la manera de los más grandes que fueron, en su época, los más modernos de sus contemporáneos. Muy personal, emplea las palabras de todo el mundo, pinta sin otro efecto de luz que la perfecta precisión de los términos y la visión

penetrante que da de la naturaleza; lo obtiene, no por imagen de taller o metáfora prestada, sino por el único estallido de las palabras restituidas en su significación plena, en su lustre natural, y como abiertas en su floración secular.

París lo había atraído, París lo tomó. Él le ha dado lo que solo él dispensa, la perfección de sí mismo, la maestría de su arte y esa familiaridad del gran público que es el primer vínculo con la gloria. Pero París lo usó. Maupassant regresó de vez en cuando a nuestro país con una dulzura infinita que se observa en su obra en exquisitas páginas. Recordad la llegada del pintor Mariolle sobre la terraza de Avranches:

Al pie de la elevación sobre la que se hallaba nacía una increíble llanura de arena que se confundía, a lo lejos, con el mar y el firmamento... En el centro de aquel desierto amarillo, aún empapado de la marea en retirada, se erguía, a doce o quince kilómetros de la orilla, el monumental contorno de una roca puntiaguda, una fantástica pirámide que remataba una catedral...

Más allá, en la línea azulada de las aguas columbradas, otras rocas sumergidas mostraban sus crestas pardas; y la mirada, siguiendo la línea del horizonte hacia la derecha, descubría, junto a aquella soledad arenosa, la vasta extensión verde de la región normanda, tan poblada de árboles que parecía un ilimitado bosque. La naturaleza toda se brindaba en un único lugar, con su grandeza, con su fuerza, con su frescor y su encanto; y la vista vagaba de aquella visión de bosques a aquella otra aparición del monte de granito, morador solitario de la arena, que erguía sobre la desmedida playa su extraña apariencia gótica.

El peculiar placer que había estremecido antaño a Mariolle con tanta frecuencia en las sorpresas que las comarcas desconocidas deparan a los ojos de los viajeros, se adueñó de él tan repentinamente que se quedó quieto, con el pensamiento conmovido y enternecido, olvidadizo de su agarrotado corazón...

Todo en Maupassant, pena y dulzura de vivir, lo ata de ese modo a nuestro país. Es por lo que la tierra Normanda que lo ha visto nacer le debía al menos una estatua a su memoria, a falta de una tumba con su cuerpo sepulto. Ésta reproducirá sus rasgos viriles y suaves, sus ojos abiertos al infinito de la vida, del amor y del mundo; pero por desgracia no serán más que ojos de mármol, ojos que no verán nunca.

Extraído del libro *Études de littérature et d'histoire* por Albert Sorel. Plon-Nourrit y Cía, París, 1901. (pag. 29 - 34)

Por la traducción: José M. Ramos. Pontevedra 2009

Para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>